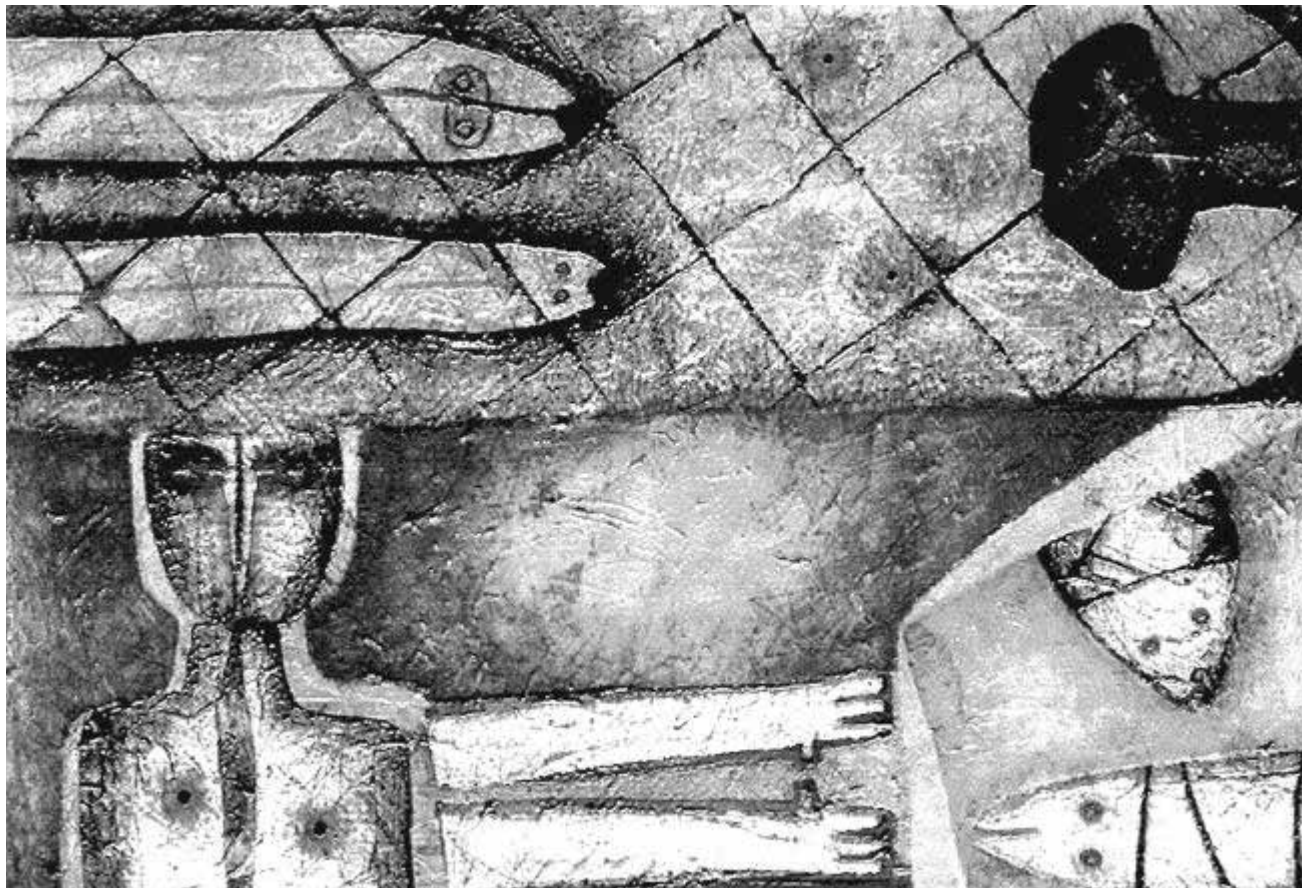


Tiburones sardinas VI

ROBERTO BAÑUELAS

Soy, existo, sufro, amo, floto en las ondas del crepúsculo y me despierto nadando entre la aurora y las nubes de cristal evanescente. Al amanecer todos los caminos son de ceniza, pero restaurado el amor propio, iluminamos el camino interior y solamos, predecimos y proclamamos la posible existencia de un mundo mejor donde el amor sea el encuentro y no el adiós amenazante de otra ruptura. Mi secretaria, emancipada de todos los delirios

feministas, entiende que su lugar en el mundo es el de cumplir con su misión de musa inspiradora y de madre fecundada en dos hijos que son la causa de todas las causas y, optimista y jubilosa prepara, entre oficios y acuerdos, el café oscuro y cálido que compartimos entre miradas que forman un cerco luminoso para el posible amor desafiante de todas las advertencias, menos peligrosas que las de odiar a tu prójimo como a ti mismo. No somos capaces de advertir la tercera dimensión de los sueños, del deseo y de la creación; pero sí nos obs-



tinamos en cavar hondo en lo que no queremos olvidar hasta que el pasado nos captura y nos convierte en duendes de un presente que nos acosa sin que lo comprendamos frente al mal de crisis que se perfecciona con el auxilio vehemente de los dementes que hacen uso de la palabra para degradar cada día la pretérita excelencia del idioma y proclamar por los medios masivos de enajenación que sólo encontraremos el verdadero progreso entregando las riquezas naturales a los dueños de la tecnología de punta para conjurar la peregrinación del descontento en una evasión de rogativas y conjuros hasta alcanzar el siete por ciento de una metamorfosis cíclica. Aquí, en rueda de prensa, aprovecho el momento para aclarar que estamos flotando en este río de la historia y que, con otro siglo de paciencia, lograremos alcanzar la orilla flotando en la balsa de los perdedores; pero no es con odio y revanchismos estériles que vamos a salir adelante: confiemos en la mano amiga del poderoso que nos acepta como socios menores en la magnitud de su imperio dominante. Seamos realistas y no mordamos la mano que nos puede golpear blandiendo el gran garrote. Otra vez la multitud, creyendo que había entendido, dio gracias a Dios por el destino miserable que marcaba el camino de la existencia, y de qué nos quejamos, digo yo, si a otros pueblos les va peor; ya ve usted, aquí nada nos falta y nos quedan fuerzas también para maldecir. Como siempre, algunos disidentes que adoptamos el mimetismo de burócratas resignados, nos evadimos de la cumbre y nos fuimos a celebrar el encantamiento de estar vivos para creer que vendrán días mejores donde sean posibles los bienes de la vida sin tener que odiar a muerte a los demás inquilinos del planeta.

Toda nueva interpretación de la vida es una adaptación a un diferente sistema de sometimiento hasta que todos, pensantes y soñados, acepten la verdadera fe, pues todos somos creyentes aunque algunos creamos que no.

La naturaleza, cada día más degradada, nos ahoga en su versión creciente de mancha urbana con el aumen-

to de población y de desconocidos que desemboca en el consecuente anonimato para ser extraños y enemigos a primera vista. La soledad se filtra entre los gritos interiores de la multitud que hace de la ficción una conducta creíble y solidaria para no delatar las imágenes ciertas del espejo interior. El reino lejano es, para desgracia de muchos, la movible lejanía de lo mediocremente accesible, tan cerca del deseo y tan lejos de la satisfacción.

Por diferencias ideológicas, el maestro prefiere sólo tratar temas de salud y algún progreso en la familia, y no los temas quemantes de la corrupción, los despojos de la ultraderecha y el beneplácito de la Iglesia por tantos favores recibidos de un régimen de tolerancia que bien sabe que sólo estamos de paso, temario que las cuñadas circunscriben a la salvación del alma. El marqués de Sade y algunos erotómanos, amantes también de la literatura, han hecho el amor con sus cuñadas y todo quedó en familia con hijos habilitados de sobrinos muy educados y muy propios con su complejo de inferioridad que luego, con el paso de los quinquenios y de los sexsueños, crecen y se comportan como miembros útiles a la sociedad, a las buenas costumbres, al jurado de la decencia y a la Inquisición si por ventura llegare a restaurarse para castigo de los que quieran pensar por su cuenta. Tenemos un excelente servicio de indulgencias para que su alma, llegada la hora postrera, haga el viaje directo al Reino de los reinos. La virtud viaja con el auxilio de todas las rogativas y llega a su destino para cumplir con la misión de salvar más almas alojadas en cuerpos minados por el pecado.

Los cazadores furtivos, disfrazados de censores literarios, atrapan fortunas para disfrute personal, pero sólo como un entrenamiento virtual que prepare el alma para el gozo infinito de la gloria prometida.

Los libre pensadores, con más libertad de movimiento que capacidad de pensar, pueden creer y predicar

las conclusiones de su materialismo dialéctico y dogmático, y, como castigo, no reconocerán el verdadero resplandor del espíritu. Esos libertinos del pensamiento se dan el gusto de propalar la falacia de que nuestros primeros padres, Adán y Eva, son posteriores en su aparición a la evolución y al origen de las especies. Nos replican, con altanera desfachatez, que ellos serían creyentes si las religiones hubieran comenzado con la humanidad. Y yo les respondo, monseñor, que sólo podemos llamar humanidad a la que está compuesta de fervorosos creyentes en nuestro único y verdadero Dios.

Estos propietarios y mercaderes del espíritu, con sus ritos y dogmas hereditarios, no comprenden que es la causalidad y no la casualidad la que favoreció el intercambio de eslabones genéticos para llegar a producir al profesional de la superstición que con su ronda de sicarios atemoriza a la gente alfabetizada para comprender el temor que inspira el poder represor que lo mismo te aleja del foro que te quita el fuero.

Más solitaria que la virtud está siempre la excepción de la regla, y no por eso se lamenta o anda pidiendo consenso y solidaridad, sino que continúa firme como la roca solitaria que desafía a los vientos que mueven dunas en el mudable desierto.

Publicidad y fanfarrias precedieron el día y la hora para la conferencia magistral de las verdades reveladas y demostradas a cargo de la presencia y sabiduría del profesor Megalópulus. Un maestro de ceremonias –sonriente predestinado– apareció y recitó en el preambulatorio una florida retahíla de banalidades profusamente adjetivadas en que el elogio y el ditirambo resultaban hermanos menores de la semblanza.

Finalmente, ataviado con traje oscuro de finas rayas surgió, frente a la salva de aplausos, él, el supremo, comentado y traducido a seis lenguas de la culta y belicosa Europa; después de una teatral reverencia, el sabio comenzó su disertación con referencias históricas

donde, en consonancia con el verbo encendido, los axiomas se rendían ante el caudal de musicales metáforas que hicieron de esa tarde el jubileo de la interpretación poético-filosófica.

Sus respuestas, a las preguntas titubeantes y mal formuladas de algunos espectadores exhibicionistas, fueron otro festín de la imagen y el concepto.

Reivindicados por las definiciones sublimes que nos proponían innumerables caminos, nos fuimos a una taberna de prestigio para brindar por la senda iluminada del espíritu.

El diluvio universal fue solo regional, y se debió a un cambio meteorológico que disolvió algunos de los grandes glaciares que se habían formado por la dislocación de incidencia de los rayos solares. En cuanto al Arca de Noé, se construyó con la supervivencia de los más fuertes, lo cual no ha variado ni con las doctrinas sociales ni con los derechos humanos. La evolución, algo fatigada del perfeccionismo, empieza a replegarse en el retroceso a la involución. Cuando el hombre, en hordas multitudinarias regrese al antropoide sin alfabetizar, faltarán árboles para su nuevo hábitat.

El hombre es un animal de costumbres y, frecuentemente, de malas costumbres; es un mamífero que tiene conciencia de su infelicidad, la cual, entre sofismas, medicamentos y supersticiones, se engaña hasta la siguiente recaída: cuando el amor se va o cuando la mujer del prójimo es indiferente y hostil. El hombre es un animal amaestrado en hábitos de ir a los mismos sitios de compras y de descarga; es susceptible a la posible convivencia y el amor a sí mismo para contar con un margen de seguridad. Aunque es solidario, prefiere respetar la vida privada si el vecino no se queja ni grita en la frecuencia del coito semanal.

Las rosas retan con pétalos y espinas los rigores del invierno; otras flores, cautivas de la estación que las fecunda, se vuelven arbustos y comparsas de conjunto.

Los ángeles, fatigados del trabajo padecido en las oraciones de solteronas suplicantes, escapan en disfraz de mariposa y zigzaguean entre el juego de la luz y los aromas. Los pájaros saben que vuelan porque con velocidad simultánea y equidistante ven pasar a su lado o abajo a los árboles y a los hombres arraigados a la tierra. Una vaca, rezagada del rebaño por su problema de várices en la pata izquierda, rumia en silencio el verdor de la llanura y espera que mañana sea otro día de ritual hartazgo.

No fastidies ni me exijas documentos como si viniera de otro planeta. Con las mismas ambiciones, dolores y verdades, me identifico como otro terrícola igual que tú, pero yo sin título de perseguidor. ¿Estamos?

Hay artistas que son negados e incomprendidos, comenzando por ellos mismos. Su obra, escasa y convencional, topa con la solidaridad del silencio. Un día, ese artista se da de alta en la burocracia, domesticada y aguerrida para defender los días feriados, las fiestas cívicas y religiosas, así como a la consagración del reposo aunque no tenga la edad para el retiro o para morir. Entre festejos y vacaciones, el artista sueña con hacer la obra que lo distinga y separe de la clonación oficinesca. El trabajo, rutinario y destructor de las mejores energías, impide la realización del gran soneto y de la gran sonata, del cuadro revelador, de la escultura prodigiosa, de la historia memoriosa, del... del infausto día que no llega, y la vida sigue como una exposición interminable de autores célebres por su nombre y por el título de sus obras. A propósito ¿estaría usted de acuerdo en que se llevaran de México a España los restos de Don Quijote?

La billetera es el As en el juego erótico-sentimental de la vida: disimula vejez, barriga, papada y prótesis dental. Mi vida, con más tendencia al vértigo del vacío que a la plenitud que colma el regocijo de los

cinco sentidos, me conmina a llevar una vida austera de solterón involuntario. Vivo modesta y alegremente entre novelas policíacas y películas de los cincuenta que, casi en las madrugadas de viernes y sábado, suelen pasar por T. V. Padezco, eso sí, sueños de la parte heterosexual de Sodoma y Gomorra, y, afortunadamente, no tengo mujer a mi lado para aumentar la explosión demográfica y la mancha urbana. Responsable que es uno, ¿verdad?

Tú, amada de cuerpo vibrante y alma luminosa, brindas, con la alegría de ser la elegida, la continuidad del momento prodigioso en que el amor exorciza los maleficios de los que a diario desean nuestra única muerte

Hubo una etapa de la vida en que el amante llevaba la contabilidad de sus conquistas y orgasmos volcánicos donde la lava corría y corría; luego, con más imaginación que frecuencia, la intensidad amenazaba con volverse poesía erótica de homenaje a las amadas ausentes y a un pasado no remoto. El presente, ignominioso y auxiliado por fármacos que prescribió un comprensivo urólogo, se puebla de recuerdos del tiempo ido y de las frustraciones que se agudizan frente a la provocación de las jóvenes lascivas que no creen en el matrimonio y sí en el bienestar que produce el dinero de los amantes ricos y marchitos.

Desinhibido por prescripción de astuto médico que jugaba al psiquiatra redentor, el avejentado burgués con apetitos y propiedades, después de intentar cada día disminuir el inventario de su abundante cava, soñaba que seducía a las once mil vírgenes de la mitología cristiana.

Un tenor de opereta, con poca voz pero abundante y cultivado encanto personal, le robó la esposa a un tenor de ópera wagneriana. Cuando al intérprete del gran repertorio operístico le preguntaban sus colegas si estaba triste, furioso o resignado, él contestaba como héroe triunfal: "El tiene a mi ex mujer, pero nunca tendrá el Do de pecho". ■